

Recibido: 25/1/2017
Aceptado: 13/3/2017

Intimidad, familia y subjetivación

María Cristina Rojas

Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo

RESUMEN

La cualidad de mostración, y otras características de la actual sociedad transparente, dieron ocasión al surgimiento de nuevas formas subjetivas y vinculares, y pusieron así en revisión conceptos del corpus psicoanalítico. Este artículo plantea reflexiones sobre estas temáticas, destacando la intimidad como valor en la sociedad moderna, su modificación actual y las implicaciones de esto en la teoría y clínica psicoanalíticas.

Analiza el nacimiento del sujeto moderno y su valiosa interioridad, ligada con la intimidad y privacidad como valores relevantes. El psicoanálisis surge como herramienta para explorar ese ajeno en el sujeto dividido.

La familia nuclear o conyugal trasmite valores e ideales de la mentalidad burguesa. Las transformaciones vividas reformularon las áreas de lo íntimo, lo privado, y lo público, llegándose a la paradójica coincidencia entre lo íntimo y lo público. Desde aquí, el artículo considera la puesta en conexión de la intimidad con el valor de la transparencia en el siglo XXI. Considerar estas mutaciones como consecuencia lineal de las tecnologías epocales implica descomplejizarlas.

ABSTRACT

The demonstration quality, and other characteristics of the current transparent society, resulted in new subjective and linking ways, thus subjecting concepts of the psychoanalytical family to review. This article proposes some reflections on these subjects, disregarding intimacy as a value of the modern society, its current modification and the implications of the above in the psychological theory and clinic.

It analyses the birth of the modern subject and its valuable inner being, linked to intimacy and privacy as relevant values. Psychoanalysis arises as a tool to explore the alien in the divided subject.

The nuclear or conjugal family used to transmit values and ideals belonging to the upper class mentality. Transformations experienced reformulated the areas of what was intimate, private and public, reaching a paradoxical coincidence between what was intimate and public. Based on this, this article considers the connection between intimacy and the value of transparency of the 21st century. Considering these mutations as a lineal consequence of current technologies means simplifying them.

Families that are open and interconnected in the network where subjectivities,

Las familias, abiertas y entramadas en la red donde se hilvanan subjetividades, vínculos y cultura, se sitúan en el territorio de la diversidad. Las subjetividades se descentran del conflicto interno para jerarquizar la exterioridad, y el soma expresa a menudo el sufrimiento. Junto al vaciamiento del "interior" singular se produce un parcial desvanecimiento del ligamen vincular moderno. Entre las posibles problemáticas de las familias actuales considera cierto déficit del apuntalamiento intersubjetivo.

Cada familia va diseñando sus propios caminos, y tiene la opción de someterse o resistir propuestas epocales de fuerte presencia y consenso.

bonds and culture are linked are within the diversity field. Subjectivities leave the core of the internal conflict to prioritize the externals, and the soma often expresses suffering. Together with the emptying of the singular "inner aspect" there is a partial blackout of the modern linking connection. Among the potential problems of current families it considers some deficit in the inter-subjective underpinning.

Each family designs its own ways and has the option to subject itself to seasonal proposals that are strongly present and agreed on, or resist them.

DESCRIPTORES: FAMILIA – SECRETO – VÍNCULOS – TECNOLOGÍA – APUNTALAMIENTO – VERGÜENZA.

KEYWORDS: FAMILY – SECRET – BOND – TECHNOLOGY – ANACLISIS – SHAME.

Intimidad, familia y subjetivación

La puesta en relación en el seno del psicoanálisis de las subjetividades, los vínculos y la intimidad en el siglo XXI ha dado lugar a amplios interrogantes, que pueden hoy ser pensados a partir de referentes epistemológicos, filosóficos, y otros aportes transdisciplinarios, habilitados por las mutaciones civilizatorias transitadas y a la vez requeridos por una clínica emergente en un presente transformado.

La cualidad de mostración, y otras que caracterizan a la sociedad transparente, como Vattimo (1989) la denominó, ha puesto en revisión distintos conceptos del corpus psicoanalítico. Plantearé algunas reflexiones sobre estas temáticas, destacando la fuerte vigencia de la intimidad como valor en la sociedad moderna, su modificación en el mundo actual y algunas implicaciones de esto en la teoría y clínica psicoanalíticas.

Lo íntimo en la modernidad

De acuerdo con el análisis de Foucault (1963) la clínica moderna introduce una fuerte innovación, ya que por primera vez en la historia de Occidente se ocupa del enfermo y no de la enfermedad, es decir, desde el estudio de los universales hay un corrimiento al enfoque de la singularidad. Al mismo tiempo, el individualismo se convierte en uno de los valores centrales propios de la sociedad moderna. Se constituye un imaginario que encamina a los individuos a buscar el logro por sí mismos, acrecentar sus capacidades y pensarse no necesitados de los otros: dicho imaginario solipsista deviene marca epocal.

Es así que florece el sujeto moderno, identificado con una valiosa y profunda vida interior, la cual se vincula además con el establecimiento de la intimidad y privacidad como valores de intensa vigencia. Las verdades y la autenticidad del ser habrían de explorarse en ese mundo interior donde se encriptarían todas las respuestas. Sede del conflicto y el sufrimiento, de las preguntas y respuestas por el sentido de la vida, de los afectos aptos para ser rastreados a través de la introspección y por ende puestos en palabras; de la interpretación del sí mismo y del mundo exterior.

El diálogo intimista, privilegiado en la literatura de época, y la introspección, remiten a la hegemonía de esa interioridad que constituía un valor central cuando nace el psicoanálisis como herramienta por excelencia para explorar ese mundo, ese ajeno en el sujeto dividido.

Imperio entonces de la intimidad, a la que el *Diccionario* de la Real Academia Española caracteriza como “Zona espiritual íntima y reservada de una persona o de un grupo, *especialmente de una familia*” (itálicas del autor).

Según su etimología, del latín *inti*, interior, y el vocablo *mus*, que indica superlativo, referiría a *lo más interior*.

Siguiendo a Carel (1993), lo íntimo corresponde al espacio de lo intrapsíquico, ligado al valor del secreto, entendido éste en relación con el derecho al pensar autónomo. Lo privado se liga al valor de la discreción, mientras lo público lo hace al de la transparencia.

Según Aulagnier (1980) el secreto es condición para el funcionamiento del Yo, en tanto derecho a la creación de pensamientos que puedan o no comunicarse por decisión propia, es decir, instalando la opacidad en lugar de la transparencia, lo que habilita el pensamiento singular. De acuerdo con esta concepción, secreto e intimidad, que puede asociarse al mismo, favorecen los procesos de simbolización. Es oportuno diferenciar esta acepción de otra índole

de secretos, como los correspondientes a la trasmisión familiar, que por el contrario pueden afectar el pensamiento, el sostén y la identidad. A la vez, perturbar la dimensión de intimidad que los lazos familiares requieren para ofrecer, en términos de Kaës (1991), apuntalamiento intersubjetivo al psiquismo singular, particularmente a los niños y adolescentes, cuestión que más adelante retomaré. Secretos, desmentidas y ausencia de palabra son rasgos que pueden dar lugar a fallas en el sostén y la interdicción, funciones fundantes del psiquismo; suelen estimular así situaciones de riesgo psíquico para los integrantes de la familia. Cuando invisibles pactos familiares dejan afuera la historización de situaciones relacionadas con duelo y trauma, a fin de sostener dicha exclusión organizan un sistema defensivo que va distorsionando las vinculaciones y los afectos.

El sistema de valores e ideales propios de la mentalidad burguesa, al que venía refiriéndome, se sostuvo en gran medida sobre un cierto modelo de familia, nuclear o conyugal, familia cerrada y jerárquica, guardiana de su privacidad, que sufrió su crisis fundamental en el siglo XX a partir de la primera posguerra, cuando se vieron conmovidos sus cimientos mismos.

Dicha familia fue transmisora privilegiada de valores e ideologías. Rodeada en apariencia de una gruesa membrana, conformó una célula o átomo, selectora eficaz de las propuestas del “afuera” exogámico; un mundo “exterior” cuyo acceso al “adentro” familiar era, por entonces, supuestamente regulado por el medio endogámico. Funcionó como un ámbito diferenciado de un “macrocontexto” que parecía contornearla, pero escasamente penetrarla. De tal modo, dicha familia constituía un área privada, en cierto grado sacralizada; el inmiscuirse en su respetado recinto era considerado socialmente casi como herético. Cuando produjo patologías, éstas solían vincularse tanto con la profundización de los efectos de cierre como con los excesos en la jerarquía patriarcal.

Dada la tendencia, quizá propia de lo humano, a naturalizar lo cultural, cada época puede crear sus propias ilusiones de permanencia inmutable. Así, la modernidad presentó su particular modelo de familia como único y perenne, sin embargo, la historia pone de manifiesto la multiplicidad de configuraciones de la misma a través de los tiempos.

Transformado el espíritu burgués, y habiendo transitado una profunda mutación civilizatoria, la familia, abierta y entramada en la red donde se hilvanan subjetividades, vínculos –grupos, instituciones– y cultura, se sitúa en el territorio de la diversidad. Los cambios se ponen de manifiesto en relación con distintos ejes de análisis; uno de ellos se refiere precisamente a la reformulación de las áreas de lo íntimo, lo privado, y lo público, lo que implica considerar el pasaje

de la moral burguesa, relacionada con una acendrada defensa de la privacidad, a la valoración actual de la transparencia.

El ocultamiento de conflictos diversos dentro de muros familiares parcialmente impenetrables, que fuera a veces denominado por sus detractores “hipocresía burguesa” fue perdiendo relevancia. Se diluía entonces ese “discreto encanto de la burguesía”, el que sugiere cierto sutil encubrimiento en el área privada, de prácticas no acordes con la moral manifiesta.¹

Intimidad y transparencia en el siglo XXI

El culto al individuo no desaparece en nuestros días, en esta modernidad líquida, post, sobre o hipermodernidad que habitamos. Pero las fuertes transformaciones socioculturales acarrearón otros valores e ideales, la construcción de nuevos imaginarios, y con ello la emergencia de otras formas subjetivas y vinculares predominantes.

Es fundamental hoy disfrutar al máximo la vida y a la vez cultivar la salud y la belleza, construir la imagen de un cuerpo cuidado y adecuado a estrictas pautas epocales, destacar entonces ese cuerpo tan secundarizado en el apogeo de la interioridad.

Junto a otras intensas mutaciones, lo antes considerado privado, o íntimo, fue haciéndose público. En los inicios de estos cambios, que entre nosotros advertimos con intensidad quizá hacia fines de los años 80 del siglo pasado, la mostración mediática de los interiores familiares, la exhibición de los cuerpos y afectos hasta entonces velados, fueron recibidas con sorpresa y hasta escándalo por amplios sectores de la comunidad, en relación con la existencia simultánea de concepciones epocales diversas.

Los “famosos” de toda índole, gobernantes, artistas, deportistas entre otros, según el nuevo valor predominante de la transparencia, ostentaban sus vidas, muy alejados del pudor y la vergüenza, intensamente cultivados por la modernidad.

El interior de sus mansiones, tanto como los detalles de su vida sexual o las vicisitudes de sus violencias, adicciones y otras dolencias humanas, podían o debían quizá, según el imperativo de la época, ser mostrados en una suerte de pornografía que iba excediendo el territorio de la sexualidad.

Luego, los medios construyeron espacios destinados a que los seres comu-

¹ La frase entre comillas reitera el título de un film de Buñuel estrenado en 1972.

nes, no tocados por la vara del éxito, pudieran a su vez satisfacer el ideal de transparencia, a la par que rozar, siquiera por un momento, los altares de la fama: es cuando se realza el ser mirado por los otros, ocupando un lugar en las pantallas de cualquier índole, como aquello que da cualidad de existencia. Eso que hoy intenta hacerse cotidiano a través de las “selfies” constantemente compartidas en las redes sociales.

Múltiples programas televisivos y radiales comenzaron a organizarse en base a la mostración de las otrora vidas privadas, estimulándose con frecuencia en los mismos una suerte de confesión pública que iba incluyendo las vivencias antes propias de la intimidad. Contrariando al Principito, lo esencial pasaba a ser lo visible a los ojos.² Con la expansión del mundo digital esto se generaliza: cuanto más visible más valioso; ser no mirado –desconocido, no popular, tímido, introspectivo– deviene valor negativo. Se trata entonces de hacer público lo que antes se reservaba para uno mismo o se compartía con un pequeño círculo elegido.

Considerar estas mutaciones como una consecuencia lineal de las tecnologías epocales implica descomplejizarlas; se trata, en cambio, de una producción de una compleja trama sociocultural, política, económica, ética, estética. En fin, se trata de que los códigos epocales, múltiples, van dando forma, en cada tiempo, a las subjetividades en el encuentro potencia/mundo.

“Es fácil hacer corresponder a cada sociedad distintos tipos de máquina, no porque las máquinas sean determinantes sino porque expresan las formas sociales capaces de crearlas y utilizarlas.” (Deleuze, 1999, p. 279).

El cuerpo pasa a primer plano no sólo en cuanto a su mostración y sus cuidados, sino que a menudo es el territorio donde se expone y tramita, o no, el sufrimiento. Es decir, todo lo antedicho supone también otras formas de presentación del sufrimiento subjetivo, ítems de particular interés para la mirada psicoanalítica, ya que las subjetividades parecen descentrarse del conflicto interno, lo cual nos implica fuertemente, requeridos de volver a pensar estas “formas otras” y las vías de acceso a las mismas.

Bezerra (2002) señala que en las actuales culturas que resaltan el espectáculo y las sensaciones, el malestar tiende a situarse en el campo de la performance física o mental que falla, más que en esa extraña interioridad a la que antes me referí.

Distintos pensadores anuncian el advenimiento de subjetividades planas,

² “Lo esencial es invisible a los ojos”, frase del libro *El Principito*. Saint Exupéry, A., 1943.

“en superficie”, clímax de la anulación de la interioridad. Subjetividades reñidas con el pensamiento y la infelicidad, con la captación y puesta en palabras de los propios afectos y los de los otros. ¿Cómo afectaría a los vínculos esta formación subjetiva tan diversa respecto del sujeto moderno? Si el sujeto de la interioridad encontró en ella el pie para la conexión con el otro, la hegemonía de la exterioridad iría dando lugar a lazos de mayor fragilidad, es decir, junto al vaciamiento del “interior” singular se produciría un parcial desvanecimiento del ligamen vincular, al menos del que fuera propio de la era moderna. Los contactos pueden multiplicarse, pero también perder sentido e intensidad. Es decir, perder los viejos sentidos y convocarnos a comprender si hay falta de sentidos, o sentidos-otros.

Transitamos inéditos caminos donde efectivamente se hace perceptible cierta fragilización o vaciamiento de las vinculaciones humanas, sujetadas a reglas mercantiles desvinculantes, lo que deja a las singularidades a veces con redes escasas aptas para el sostén y la regulación que el psiquismo requiere. No obstante, nuestros adolescentes, los que llegan a la consulta y los otros, muchos de ellos, aunque pendientes de sus seguidores en las redes, de su celular, su imagen y otras demandas epocales, apelan en distintos momentos a los amigos más próximos y confiables, a sus familias en algunos casos; y cuando pueden pausar la presión constante de lo instantáneo, efímero y vertiginoso, estiman por ejemplo el espacio de la sesión analítica, donde de modos muy diversos entre sí —son múltiples las opciones subjetivas simultáneas— se aquietan y dan paso a sus sentires y a alguna forma del pensamiento crítico y el encuentro con el otro quizá hasta ahí poco explorados.

En ellos intimidad y exterioridad no parecen contraponerse; navegantes audaces, que desconocen las fronteras rígidas, alternan a veces fluidamente, otras no tanto, la hiperconexión y el vuelco al exterior —mirada de los otros— con chispazos más o menos intensos de conexión consigo mismos y con otros. ¿Cómo denominar todo esto sin recaer en las distinciones modernas perimidas, adentro/afuera; íntimo/público? Me abstengo de momento, invitándome a seguir pensando, con otros, desde la clínica, la disciplina y la interdisciplina.

Familias siglo XXI

En la actual sociedad de control los “interiores” entraron en crisis, perdiendo la pregnancia que mantuvieran en las sociedades disciplinarias, que trabajó

Foucault (1963). La familia, por tanto, como la prisión, la fábrica, el hospital y la escuela se fueron transformando al compás de los cambios epocales. Retomaré aquí el análisis de algunos rasgos vinculares propios de las familias de hoy.

La vertiginosidad e hiperconexión con distintas terminales que marca la vida cotidiana de las familias del siglo XXI, así como la multiplicidad de pertenencias de sus miembros a distintos grupos sociales, junto a otros factores epocales que requieren análisis interdisciplinarios, suele asociarse, como ya señalé, con pérdida de intimidad en las vinculaciones, expresada en cierto desapego y falta de contacto con los propios afectos y los del otro. La hiperactividad y estimulación que muchos transitan genera una saturación que conlleva una menor disponibilidad libidinal para la vida de pareja y familia, así como para la amistad y el lazo solidario, contrapuestos, por otra parte, a lógicas mercantiles que sitúan al otro como rival amenazante, o como objeto de consumo. Nada puede generalizarse, cada familia y cada quien va dibujando sus propios caminos, con los ineludibles caracteres propuestos por nuestro tiempo, los singulares procesos de subjetivación, y siempre con la opción de someterse o resistir algunas propuestas epocales de fuerte presencia y consenso.

Valores e ideales proponen —y a veces imponen— a las familias con niños y adolescentes un rendimiento eficaz y sin desperfectos, a la manera de los buenos artefactos, donde todos se adaptan estrictamente a los preceptos y mandatos del mercado neoliberal. De tal modo, los padres han de ser exitosos y tener hijos a su vez exitosos, pero sin dedicar mucho tiempo a la crianza, ya que deben cumplir otras múltiples deseables prácticas en distintas áreas sociales, culturales, deportivas. No solamente las derivadas de requerimientos económicos básicos, sino de otras propuestas extralaborales en ocasiones vividas como aspiraciones o aun como necesidades singulares. Hay pues, para todos, una expectativa enorme de velocidad y sobreadaptación, y esto en ocasiones reduce los momentos de un compartir que pudiera llegar a ser placentero, así como tiende a negar o renegar distintos modos de malestar o sufrimiento. Aparecer y ser vistos dentro de algunos de los “perfiles” exitosos destacados por la época altera a veces los modos de la proximidad en las vinculaciones de familia y pareja. La imagen, el hacer, y la mirada de múltiples otros parecen definir el valor de cada cual y de cada familia como conjunto social. (Rojas, 2013)

Cuando se diluye en los vínculos la intimidad, también ligada al compartir, al apego y la construcción de la confianza básica, el apuntalamiento se hace frágil y puede debilitarse la certeza acerca de la incondicionalidad y permanencia del otro, por ende la seguridad de la pertenencia y del sostén y regulaciones del

grupo familiar. Estos mismos grupos suelen, no obstante, aparecer como hiperconectados, por el uso constante del celular entre unos y otros. No obstante, ello no suele corresponderse con la interiorización del vínculo que ampara y regula. Sus vinculaciones parecen operar sólo a través de la presencia efectiva, que se sostiene como indispensable, no habiéndose construido esas modalidades de estar “presente en la ausencia” o esa suerte de disponibilidad silenciosa que contiene y acompaña. Es preciso destacar que los procesos de autonomización de los hijos no se hacen en aislamiento, sino con otros, ya que siempre se trata de una autonomía interdependiente, aun en diferencia, de allí la jerarquía de la dimensión vincular del apuntalamiento. (Rojas, 2009)

Entonces, crear lazos que puedan constituirse en fuente de dicho apuntalamiento, proveedores para todos los integrantes de la familia de un grado de encuentro que sustente la confiabilidad y favorecedores de algún modo de conexión afectiva entre sus miembros representa uno de los desafíos que enfrentan las familias de hoy, alejadas ya de las formas de vinculación marcadas y pautadas por la mentalidad burguesa, e inmersas en un mundo cambiante y ambiguo, cada día diverso.

Por otra parte, hace ya años observamos en las familias la aparición de “niños/grandes”, mientras se iba estableciendo una paridad a veces extrema entre ellos y los adultos. Tendía y tiende a acentuarse la simetría de la relación parentofilial, que aun a veces deviene asimetría invertida; se otorga así el poder a la descendencia, y esto conlleva en muchos casos situaciones de desvalimiento. (Rojas, 2009)

En las familias en las que opera dicha indiferenciación generacional, disminuyen los diálogos y espacios entre adultos que excluirían a los niños y contribuirían a la intimidad del vínculo de pareja. Por el contrario, muchos temas se debaten en conjunto, siendo a veces los hijos quienes toman decisiones otrora reservadas al mundo adulto o resuelven situaciones de confrontación entre los padres, ya sea tomando partido por alguno de ellos o sugiriendo una tercera solución mediadora. Como en épocas premodernas, las cuestiones amorosas y sexuales, las rivalidades y litigios ya no se resuelven a puerta cerrada, sino frente o con los otros. Y a veces en la TV, o en videos que se viralizan en Youtube.

Cuando los niños se aproximan a la adolescencia la familia debe dejar de lado esa ilusión de transparencia que caracteriza la relación padres/hijos en la infancia, y los púberes y adolescentes irán construyendo un espacio opaco, ya no compartido con lo familiar, sino con los pares y hoy publicitado con frecuencia en las redes sociales, donde lo íntimo y lo público confluyen.

Lo íntimo/público: sexualidad e identificaciones

La coincidencia entre lo íntimo y lo público ha sido denominada por Paula Sibilía (2008) “extimidad”. Lo íntimo es al mismo tiempo público, señala la autora, destacando la lógica paradójica que esto implica. De modo que las categorías modernas que diferenciaran claramente tres espacios, lo íntimo, lo privado y lo público, no resultan ya consistentes con nuestro tiempo.

La clínica, particularmente de las adolescencias, pone de manifiesto la variación de las regulaciones que definen qué se publica y qué se guarda en algún espacio reservado a sí mismo o a pocos. En lo que hace a los cuerpos, estos pueden ocultarse, sobre todo de los pares, ya no por recato sino por otros modos de vergüenza, ligados a la exigencia de lucir figuras ajustadas plenamente a los modelos de belleza de la época.

Ni la represión victoriana ni la mostración y permisividad actual alcanzan para dar cuenta de los enigmas de la sexualidad, los miedos e inquietudes que conlleva, aunque para el psicoanalista sea fundamental tener en cuenta tanto las nuevas formas de presentación del malestar como sus inéditos modos de producción. La vergüenza, tan ligada a lo público y a la mirada de los otros, hoy parece ser protagonista, aunque con perfiles diferenciados de los pudores y vergüenzas victorianos. Muchas mujeres, especialmente –otra vez las mujeres– lejos de la supuesta liberación de los cuerpos, se cubren y ocultan, ya no por el honor y el pudor, sino por otras pautas epocales ligadas a las formas corporales. ¿Qué es mostrable? Un cuerpo plano, liso y resplandeciente, adecuado a las imágenes de las “stars”, esas “diosas” por lo general remodeladas con cirugías e intervenciones diversas y con el uso del Photoshop. Pretender lucir así es fuente de sufrimiento para muchas adolescentes, no obstante sólo en algunas esto implica la caída en los dolores de la anorexia; o sea, el pasaje del sufrimiento a la patología.

Los adolescentes, varones y mujeres, buscan con ansiedad e insistencia el reconocimiento de los otros, la valoración, los ojos que miran y admiran y que ellos contabilizan en los “likeos” de sus seguidores en Instagram o Snapchat. Y así como a menudo cubren sus cuerpos –ellos, los varones, a veces también– tienden a disimular sentimientos –como miedos, pudores y timideces– por temor a los juicios adversos de sus pares, que pueden tomar la peor de las formas: la indiferencia, la burla o la exclusión que con cierta frecuencia sienten como amenaza.

Decía Freud (1905), refiriéndose al período de latencia, que durante el mis-

mo “[...] se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral)”. (p. 161)

Pienso que a la luz de la multiplicidad de cambios que vamos viviendo y analizando, los diques propuestos por Freud en 1905 sufren transformaciones: la culpa y la vergüenza se manifiestan con otras modalidades, y son diferentes los “reclamos ideales en la estética y en la moral”. Tema de sumo interés que queda abierto a la más rigurosa investigación, a partir de preguntas ineludibles nacidas en el contacto con los pacientes.

Las regulaciones de la sexualidad sufrieron una verdadera mutación desde aquella moral victoriana sostenida por la familia burguesa, y cuestionada por Freud y el psicoanálisis en el anterior fin de siglo. Los años 60 del siglo XX marcaron una verdadera revolución sexual, profundizada actualmente por la aceptación consensuada de prácticas diversas, lo que también ha instalado en el psicoanálisis tanto el cuestionamiento de lo abarcado por la idea de perversión, como fuertes actualizaciones en relación con las temáticas de género.

Así como el psicoanálisis puso en relación la represión sexual con las neurosis, pensadas justamente desde el eje central de la sexualidad, hoy aparecen inhibiciones u otras problemáticas subjetivas o propias de las parejas que comienzan a relacionarse con los excesos de la exhibición de cuerpos desnudos y disímiles prácticas sexuales, accesibles con frecuencia y desde edades tempranas en la sociedad digital. Citaré otro filósofo, Byung-Chul Han, para quien “[...] el Eros hace posible una experiencia del otro en su *alteridad*, que saca al uno de su infierno narcisista”, y dice: “El porno es la antípoda del Eros. Aniquila la sexualidad misma”. Dado que, siguiendo a Levinas, afirmará “[...] el Eros despierta ante el “semblante”, “en el que el otro se da y al mismo tiempo se oculta”. (Han, 2014, p. 6; 25; 16)

En relación con esto, difícilmente el pensamiento acerca de las neurosis y otras patologías pueda reducirse a cuestiones exclusiva o centralmente sexuales. Esto podría organizar un pensamiento lineal y binario: la neurosis, en una época pensada en relación con la represión sexual, versus las patologías de hoy, relacionadas con un exceso de exhibición y permisividad. Apelaría en cambio a la complejización del pensamiento psicoanalítico, donde las formulaciones del Edipo y la sexualidad ocupen su justo espacio en el entretejido de las distintas dimensiones de una trama.

Dicho de otro modo, las diversas patologías humanas exceden cualquier ex-

plicación única, o referida a un eje central inamovible. Y la sexualidad no puede ser aislada de otras múltiples dimensiones de la subjetividad y de la diversidad de condiciones sociales y vinculares operantes en la expresión singular de cada malestar.

Por lo demás, dejar de considerar a la familia como núcleo cerrado, reservorio principal de la intimidad, según lo define todavía el *Diccionario* de la Real Academia antes citado, acorde a las concepciones de la mentalidad burguesa, va a la par en el psicoanálisis con la posibilidad de pensar en términos de producción social de subjetividad. Es decir, realizar un descentramiento de cierto “familiarismo” que hizo eje en los padres como productores casi exclusivos del psiquismo infantil.

Concebir a la familia como una organización abierta entramada en la red sujeto/vínculos/cultura, siempre en movimiento y transformación, diversifica las opciones identificatorias, abriéndolas a otros dispositivos sociales, tales como la escuela y otras pertenencias, a las figuras mediáticas, a los recorridos experienciales en el mundo virtual. Y no reduciendo, de tal manera, la eficacia conformadora del psiquismo, en permanente fluir, a los vínculos iniciales.

Los otros no familiares amplían las ofertas identificatorias no solamente como reemplazos o equivalencias de las imágenes edípicas. Infiltraciones intensas de figuras de otros grupos e instituciones, así como aquellas que puedan habilitarse en las vidas que transcurren en el mundo digital, pueden dar ocasión a cambios subjetivos, yendo más allá de las identificaciones derivadas del Complejo de Edipo y sus subrogados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, P. (1980). *El sentido perdido*. Buenos Aires: Trieb.
- Bezerra Jr., B. (2002). O ocaso da interioridade e suas repercussões sobre a clínica. En: C. Plastino (comp.). *Transgressões*. Rio de Janeiro: Contra capa.
- Carel, A. (1993). Lo íntimo, lo privado y lo público. El juego con las reglas del juego psicoanalítico. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 17(1/2), 53-70.
- Deleuze, G. (1999[1995]). Posdata sobre las sociedades de control. En *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.
- Freud, S. (1976 [1905]). Tres ensayos de teoría sexual. En: *Obras completas* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu.

- Foucault, M. (1963). *El nacimiento de la clínica*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- (1975) *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Han, B-C. (2014). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Kaës, R. (1991). Apuntalamiento y estructuración del psiquismo. *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*, 14(3/4), 23-52.
- (1992). Apuntalamiento múltiple y estructuración del psiquismo. *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*, 15(2), 15- 36.
- Rojas, M.C. (2009). Niñez y familia hoy: las problemáticas del desamparo. En: L. Wettengel, G. Untoiglich y G. Szyber. *Patologías actuales de la infancia. Bordes y desbordes en clínica y educación*. Buenos Aires: Noveduc.
- (2013). Nuevas construcciones de la parentalidad: las familias digitales. *Revista Generaciones*, UBA, 2, 91-101.
- (2015). Adolescencia y virtualidad. En: G. Donzino, S. Morici (comps.). *Culturas adolescentes*. Buenos Aires: Noveduc.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vattimo, G. (1989). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.

